



IMPRESION DE LAS LLAGAS

DE S. FRANCISCO.

ni en la menor impaciencia. Has de tener por enteramente prohibido para ti todo cuanto pueda alterar aun lijerisimamente la caridad. La demasiada indulgencia consigo mismo, y la poca con los demás, es por lo comun origen de muchas faltas. Débete causar horror todo cuanto puede causar el mas leve daño al prójimo, y todo lo que tenga apariencia ó sombra solo de pecado. La vista solo de un monstruo asusta y sobresalta. Repite muchas veces aquellas bellas palabras : *Malo mori quàm fœdare animam meam* : mas quiero morir que manchar mi alma. No te contentes con tener horror al pecado; ten el mismo á las ocasiones de pecar, y huye de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se tiene horror á la ocasion.

DIA DIEZ Y SIETE.

LA MILAGROSA IMPRESION DE LAS LLAGAS
DE SAN FRANCISCO.

Admirable es Dios en todos sus santos; pero con todo eso hay algunos á quienes distinguió con tan especiales favores, que parece le hacen mas admirable las singulares maravillas que obró en ellos. En este número se debe contar al gran san Francisco de Asis. Fué su vida una continuada serie de favores tan señalados y de sucesos tan maravillosos, que igualmente acreditaron las grandes misericordias del Señor, que la eminente santidad de aquel hombre verdaderamente extraordinario. Pero el milagroso suceso, cuya memoria quiso consagrar la Iglesia con fiesta particular en este dia, fué sin duda de los mas sobresalientes. Apenas haremos mas que trasladar casi palabra por palabra lo que nos dejó escrito san Buenaventura.

El año de 1224 renunció san Francisco el generalato en manos del bienaventurado fray Pedro de Catánea; y habiendo mostrado al mundo el poder de Dios en muchas ocasiones, tanto con sus sermones como con sus milagros, se retiró al monte Alverna para pasar en él su cuaresma de san Miguel, es decir, para entregarse á la soledad y al ayuno por espacio de cuarenta días, desde la Asuncion de la Virgen, hasta el último de setiembre. Está situado este monte en los confines de la Toscana, y es una parte del Apenino que pertenecía á un señor del país llamado Orlando Catáneo, y en el año de 1213 le habia concedido á san Francisco, fabricando en él una iglesia pequeña para el santo, y algunas celdas para sus frailes. Retirado, pues, el santo patriarca á dicho monte, y hallándose un día en lo mas fervoroso de su oracion, sintió una fuerte inspiracion de abrir el libro del evangelio, persuadido que habia de encontrar en él lo que Dios queria que hiciese. Prosiguió un rato en su oracion, y tomando despues el libro del altar, mandó á fray Leon que le abriese. Era fray Leon el único compañero que habia llevado consigo á la soledad. Abrióle por tres veces, y en todas salió la pasion de nuestro Señor Jesucristo, por donde entendió san Francisco que lo que Dios queria de él era que cada día se hiciese mas semejante á Cristo crucificado, aumentando el rigor de la mortificacion y de la penitencia.

Una mañana, hácia la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz, que es el dia 14 de setiembre, hallándose en oracion, se sintió tan abrasado en incendios del divino amor, y con tan inflamados deseos de ser semejante á Cristo crucificado, que no le parecian bastantes para satisfacerle todas las penitencias del mundo, ni aun el martirio mismo, cuando de repente vió bajar de lo mas alto del cielo á un serafin, que en

rapidísimo vuelo venia como á dispararse sobre él. Tenia seis alas encendidas y resplandecientes; dos se elevaban sobre la cabeza, otras dos estaban extendidas como en ademan de volar, y las otras dos cubrian todo su cuerpo. Pero lo mas portentoso era que el serafin parecia estar crucificado, teniendo las manos y los piés clavados en una cruz. Cada uno podrá imaginar cuánta seria la admiracion y el pasmo; qué afectos de amor, de gozo y de compuncion excitaria en el corazon de nuestro santo la vista de aquel prodigio. Comprendió entonces, dice san Buenaventura, que su transformacion en imágen de Cristo crucificado no habia de ser por el martirio corporal, sino por la inflamacion del espíritu, y por el abrasado encendimiento del divino amor. Duró algun tiempo la vision; y habiendo desaparecido, dejó en su corazon una impresion maravillosa, y al mismo tiempo otra mas portentosa en su cuerpo; porque inmediatamente se comenzaron á manifestar en sus manos y en sus piés las señales de los clavos, ni mas ni menos como las habia visto en la imágen del serafin crucificado; esto es, las manos y los piés parecian haber sido clavados por en medio, descubriéndose las cabezas de los clavos en la parte interior de las manos, y en la exterior ó superior de los piés, y las puntas remachadas á la parte opuesta de estos y de aquellas. En el costado derecho se manifestaba una cicatriz roja como de herida de lanza, saliendo de ella muchas veces tanta abundancia de sangre, que se humedecian la túnica y los paños interiores. Y estas son aquellas cicatrices que desde entonces se comenzaron á llamar las llagas.

Hallóse en grande afliccion el humilde santo, viendo por una parte que no era posible ocultar largo tiempo á sus mas familiares compañeros estas visibles y maravillosas señales de la particular bondad del Señor, y temiendo por otra publicar sus secretos. Llamó,

pues, algunos frailes de los que tenia por mas espirituales, y proponiéndoles la dificultad en términos generales, les pidió consejo. Uno de ellos, muy versado en los caminos de Dios, haciendo juicio por el aire y por las palabras de san Francisco que habia visto alguna maravilla, y que por humildad la queria ocultar, le dijo: *Hermano, sábeta que Dios no te descubre algunas veces sus secretos para ti solo, sino tambien para los demás; por eso debes temer que algun día seas reprendido por haber enterrado y escondido el talento.* Movido san Francisco de estas palabras, se rindió al parecer de sus frailes, y les contó ingenuamente todo lo que habia visto, añadiendo que el que se le apareció le habia descubierto cosas que nunca revelaria él á persona viviente. A san Buenaventura le parece que nuestro santo, como otro san Pablo, vió entonces cosas llenas de misterios, de los cuales á ningun hombre es lícito hablar. Acabados los cuarenta dias, bajó del monte como otro Moisés, inflamado el rostro; y por mas cuidado que puso en ocultar á todos, aun á aquellos hijos mas amados y mas familiares suyos, las permanentes señales de tan insigne favor, cuidó el mismo Señor de manifestarlas por medio de varios milagros.

Habiase extendido por toda la provincia de Rieti una efermedad contagiosa entre el ganado, de la cual morian muchas reses, tanto ovejunas como vacunas, sin acertarse con el remedio; y estando durmiendo un gran siervo de Dios, tuvo un sueño en que se le avisó que fuese á la ermita de los frailes menores donde se hallaba san Francisco á la sazón, y rociase todo el ganado con el agua en que el santo se hubiese lavado las manos y los piés. Luego que amaneció, se puso en camino el santo varón para la ermita, y pidiendo secretamente la tal agua, roció con ella á todas las reses enfermas que estaban tendidas por el suelo. Apenas les tocó la primera gota, cuando se

levantaron vigorosas y corrieron hambrientas á los pastos, cesando de esta manera toda la enfermedad. El mismo san Buenaventura refiere esta maravilla. Tambien es hecho constante, añade el mismo santo, que, antes que san Francisco recibiese del cielo esta gracia especial, todos los años se levantaba al rededor del monte Alverna una maligna nube, que, deshaciéndose en granizo, arruinaba los frutos y desolaba todo el país; pero desde que el santo recibió las sagradas llagas no se volvieron á ver aquellas malignas nubes, y toda aquella comarca lo reconoció por milagro.

A pesar del gran cuidado que ponía el siervo de Dios en ocultar aquellas impresiones y señales de sus sagradas llagas que el Señor habia estampado en su cuerpo, no pudo estorbar que se viesen las de las manos y los piés, aunque despues de aquel tiempo andaba siempre calzado, y casi siempre tenia cubiertas las manos. Vieron las llagas muchos religiosos suyos, que, sin embargo de ser dignisimos de todo crédito, por su eminente santidad, lo aseguraron despues con juramento para quitar el pretexto á toda duda. Tambien las vieron mas de una vez algunos cardenales, amigos particulares del santo, y muchos las celebraron en verso y en prosa, como lo afirma el mismo san Buenaventura, el cual añade que, asistiendo á un sermón del papa Alejandro IV, aseguró públicamente el papa que en vida del santo habia visto las sagradas llagas con sus mismos ojos: *Summus etiam pontifex Alexander, cum populo prædicaret, coram multis fratribus affirmavit se, dum sanctus viveret, stigmata illa sacra suis oculis conspexisse.* En la muerte del santo mas de cincuenta frailes, santa Clara con todas sus hijas y una multitud innumerable de seglares de todas condiciones, satisficieron su piadosa curiosidad, viendo con sus ojos, y tocando muy despacio con sus manos las

sagradas llagas impresas en el santo cuerpo, como lo dice tambien el mismo seráfico doctor.

En cuanto á la llaga del costado, la ocultó el santo con tanto cuidado mientras vivió, que ninguno se la pudo ver sino cogiéndole por sorpresa. Un hermano que le asistía, y se llamaba fray Juan de Lodi, se valió para esto de un piadoso artificio, persuadiendo al santo que se quitase la túnica interior para limpiarla; con cuya ocasion no solo vió dicha llaga, sino que, metiendo en ella los dedos, le causó un vivísimo dolor. Otros dos religiosos contentaron su devota curiosidad con semejante artificio; y cuando faltaran otras pruebas de la certidumbre de este hecho, seria evidente testimonio de él la sangre de que estaba teñida la túnica y los paños interiores. Pero muerto el santo, tambien fué vista muy á satisfaccion esta milagrosa llaga por muchas personas; de manera que en las vidas de los santos se encontrarán pocos sucesos mas bien averiguados y comprobados que el de las llagas de san Francisco. San Buenaventura, que escribió la vida del santo treinta ó treinta y cinco años despues de su muerte, dice que todos los que vieron y tocaron estas llagas reconocieron que los clavos se habian formado milagrosamente de la carne, y tan adherentes á ella, que, cuando los movian ó los apretaban por un lado, se descubrian mas por el opuesto á manera de nervios endurecidos, compuestos de una sola pieza. Los clavos eran negros como de hierro; pero la llaga del costado se conservaba siempre roja y rasgada en figura redonda, como una especie de rosa. Cierta caballero, llamado Jerónimo, hombre de mucha capacidad, y de una grande reputacion, dificultando el asenso á esta maravilla, la examinó en presencia de muchos con mayor indagacion que todos los demás: movió los clavos, tocó con sus propias manos los piés, las manos y el costado del santo cuerpo, y quedó

tan convencido de la verdad, que despues fué uno de los testigos, y la depuso auténticamente con solemne juramento. Pero cuando no fuese bastante este cúmulo de pruebas y de testigos, lo seria el haberlo asegurado en sus bulas dos grandes pontífices, y el que la Iglesia haya establecido una fiesta particular, que se celebra hoy en todo el mundo cristiano, para eternizar la memoria de esta maravilla.

MARTIROLOGIO ROMANO.

Conmemoracion de las sagradas llagas cuya impresion recibió en sus piés, manos y costado san Francisco, fundador de la orden de los hermanos Menores, hallándose en el monte Alverna en Toscana.

En Roma, camino de Tivoli, el natalicio de san Justino, presbitero y mártir, que confesó gloriosamente á Jesucristo durante la persecucion de Valeriano y Galiano. Él fué quien dió sepultura al papa Sixto II, á san Lorenzo, á san Hipólito y á otros muchos santos. Coronó tantas y tan bellas acciones con el martirio que padeció bajo el poder de Claudio.

En la misma Roma, san Narciso y san Crescenciano.

En Frigia, santa Ariadne, mártir bajo el emperador Adriano.

En la Gran Bretaña, san Sócrates y san Estéban, mártires.

En Nyon, san Valeriano, san Megrino y san Gordiano, mártires.

En Autun, san Floselo, tierno infante, el cual, despues de haber padecido mucho, fué despedazado por las fieras á las que le echaron en tiempo del emperador Antonino y del presidente Valeriano.

En Lieja, san Lamberto, obispo de Maestricht, el cual, habiendo manifestado su ardiente zelo contra los desórdenes de la real casa, fué, aunque inocente,

muerto por los malos, entrando así en el reino de los cielos para vivir en ellos eternamente.

El propio día, santa Agatoclia, criada de una aldeana, la que, despues de haber aguantado mucho tiempo golpes, latigazos y otros malos tratamientos de su ama, fué por último presentada al juez, que la hizo azotar hasta que las carnes se caian á pedazos; mas como siempre siguiese confesando la fe, le mandó arrancar la lengua, y echar á la santa al fu ego.

En Córdoba, santa Colomba, virgen y mártir.

En Milan, el tránsito de san Sátiro, cuyos relevantes méritos fueron enumerados por san Ambrosio.

En Roma, santa Teodona, señora ilustre, que se empleaba, durante la persecucion de Diocleciano, únicamente en asistir á los santos mártires.

En Bingen, diócesis de Maguncia, santa Hildegarda, virgen.

En las fronteras de la antigua Champaña y de la Lorena, san Roino, monje de Doley, primer abad de Beaulieu en Argona.

En Jerusalem, san Tobías, quinto obispo de aquella ciudad.

En Chipre, san Heráclida, obispo de Tamasa y mártir.

En los confines del Egipto y de la Etiopia, santa Medilama, virgen y mártir.

En Toscana, el bienaventurado Simon, eremita camaldulense.

En Zaragoza, el bienaventurado Arbués, inquisidor, muerto de las heridas que le hicieron los judíos en la noche del día 14 al 15 de este mes, al empezarse los maitines en la iglesia de San Salvador, de la que era canónigo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Domine Jesu Christe, qui, Señor Jesucristo, que, de-
derigescente mundo, ad inflam- seando abrasar nuestros cora-

mandum corda nostra tui amoris igne, in carne beatissimi Francisci passionis tue sacra stigmata renovasti: concede propitius, ut ejus meritis et precibus crucem jugiter feramus, et dignos fructus penitentiae faciamus. Qui vivis et regnas...

zones con el fuego de vuestro amor, cuando el mundo estaba resfriado en él, renovásteis en la carne del bienaventurado Francisco las llagas de vuestro pasion; concedednos propicio por sus merecimientos y por su intercesion la gracia de que llevemos incesantemente la cruz, y que hagamos frutos dignos de penitencia. Tú que vives y reinas...

La epistola es del cap. 6 de la que escribió san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet, neque præputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. De cætero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi, cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Hermanos: Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

NOTA.

« El asunto principal de esta epístola á los Gálatas, »
» de donde se sacó la presente, es impugnar á los »
» falsos profetas que les predicaban el judaismo puro, »
» y particularmente la necesidad de la circuncision. »

REFLEXIONES.

Yo llevo en mi cuerpo las señales del Señor Jesus. Estas señales son las gloriosas cicatrices que el Salvador quiso conservar en su adorable cuerpo aun despues de su resurreccion, y que por toda la eternidad serán la admiracion y el gozo de los bienaventurados en la gloria. ¿Hay hoy día muchos cristianos, que puedan decir con el Apóstol que están marcados con este divino sello, y que la cruz de Jesucristo es parte de su carácter? Sin embargo, la mortificacion es necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo. Esta es la primera leccion que da el mismo Jesucristo á los que quieren ser discipulos suyos: sin ella no hay que esperar serlo jamás. *El que quisiere venir en pos de mi, dice este amable Salvador, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sigame. El que no tomare su cruz, y no se aborreciere á sí mismo, no puede ser mi discipulo, ni es digno de mí.* Por eso ninguna señal mas segura dieron los santos de una sólida virtud que la mortificacion. ¿Cuándo hemos de ser nosotros del mismo parecer, y cuándo tendremos las mismas ideas? Hay dos suertes de mortificaciones: una exterior, que consiste en la maceracion del cuerpo; otra interior, que es propiamente la mortificacion del corazon y del espíritu. Aquella doma la sensualidad, esta las pasiones: ambas son necesarias para arribar á la perfeccion, y sin las dos apenas se puede conseguir la salvacion. Los ayunos, las vigiliass, los cilicios y otras mortificaciones semejantes, son poderosos medios para hacernos hombres espirituales. Es verdad que la virtud no consiste en las penitencias exteriores, y que estas no son incompatibles con la hipocresía. No sucede lo mismo con la mortificacion interior, que siempre es señal cierta de verdadera virtud; por eso es mas necesaria que la exterior, y ninguno puede

excusarse de ella. Esta es aquella continua violencia que es necesario hacerse para entrar en el reino de los cielos. No todos podrán ayunar, ni usar de rалlos y de cilicios; pero ninguno tiene impedimento para mortificar sus deseos, su natural y sus pasiones. Vanamente nos lisonjaremos de que amamos á Jesucristo, si no somos hombres mortificados. Es preciso resolverse á una generosa y constante mortificacion, si se desea domar y destruir este amor propio de que se alimentan todas las pasiones: es necesario resolverse á llevar cada uno su cruz. En la cruz está nuestra salud, nuestra vida y nuestra seguridad, dice el autor de la Imitacion de Cristo: en vano se busca fuera de la cruz la salvacion del alma y el camino de la gloria. Toma, pues, tu cruz, sigue á Jesus, y llegarás finalmente á la vida eterna.

El evangelio es del cap. 3 de san Juan.

In illo tempore: Erat homo ex pharisæis, Nicodemus nomine, princeps Judæorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti magister, nemo enim potest hæc signa facere, quæ tu facis, nisi fuerit Deus cum eo. Respondit Jesus, et dixit ei: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuò, non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomodo potest homo nasci, cum sit senex? nunquid potest in ventrem matris suæ iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest

En aquel tiempo: Habia un hombre de la secta de los fariseos llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos. Este vino á Jesus de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus, y le dijo: De verdad, de verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reino de Dios. Díjole Nicodemus: ¿Cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿Por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre y volver á nacer? Respondió Jesus:

introire in regnum Dei. Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi: Oportet vos nasci denuò, spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis unde veniat, aut quò vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodò possunt hæc fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es Magister in Israel, et hæc ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur, et quod vidimus testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodò, si dixerò vobis cœlestia, credetis? Et nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis, qui est in cœlo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam.

De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne: y lo que es engendrado de espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho es menester que vosotros volvais á nacer: el espíritu inspira donde quiere, y oyes la voz, pero no sabes de dónde venga, ni adónde vaya: así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesus, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos; y testificamos lo que hemos visto, y vosotros no recibis nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creeis, ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.

MEDITACION.

DE LA PENITENCIA NECESARIA Á TODOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el cielo se conquista con violencia. Renunciar la penitencia y la mortificacion es renunciar el cielo. Es menester renunciar el mundo y sus placeres: es menester llevar su cruz, vencer las inclinaciones, resistir á las pasiones, domar el amor propio: es menester amar á los enemigos, aborrecerse y perseguirse á sí mismo: este es el camino derecho que guia al cielo: él está sembrado de espinas; pero no hay otro, y es menester seguir este si queremos llegar allá. Cualquiera otro camino, cualquiera otra senda desvia de aquel término. ¿Y es esta la que nosotros seguimos? ¿No marchamos por un camino enteramente opuesto? Y en este caso, ¿cuál será nuestro paradero? Es indispensable seguir este camino real. Somos pecadores, preciso es hacer penitencia: somos cristianos, es preciso seguir á Jesucristo: fuimos criados para el cielo, preciso es llegar allá, cueste lo que costare. No nos parezca que estas razones se hicieron para los demás, y que no hablan con nosotros. Pero segun se vive y se discurre el día de hoy, parece que se reputan estas grandes verdades como verdades de antaño, que ya no rigen. Esa penitencia indispensable á todos los pecadores, ¿es por ventura en estos tiempos la virtud de las gentes del mundo? Esa penitencia indispensable á los mismos justos, ¿es por ventura en nuestros días la virtud familiar á todos los cristianos? Pero este camino sembrado de cruces y de espinas solo es áspero á los que tímidos y cobardes no se atreven á entrar por él: mas una vez que le emprendan con resolucion, una vez que comiencen á caminar con fervor, todo se les allana: no solo se les hace suave, sino gustoso. Las